

PANORAMA LITERARIO

Miguel Angel Asturias y el sentido de otro Premio Nóbel

Cuando hace pocas semanas se supo que el premio Nóbel de Literatura —es decir, el **premio Nóbel** propiamente dicho, por antonomasia— había sido concedido a Miguel Angel Asturias, de inmediato se pusieron en movimiento sentimientos disímiles y contradictorios entre la gente que habitualmente se interesa por las letras. Quiénes creyeron ver en esta actitud de la Academia de Estocolmo la consagración de doctrinas sociales y políticas de dudosa calidad; quiénes interpretaron esa presunta consagración como contrapartida de equilibrio hacia otras actitudes del cuerpo; y, naturalmente, los que dijeron "**Asturias, sí**" y "**Asturias, no**", circunscribiéndose a meditar solamente en la virulencia de ciertas manifestaciones exteriores.

Miguel Angel Asturias estuvo en Buenos Aires y estrechó vínculos con nuestro ambiente intelectual, en una oportunidad memorable en la que hubo de alojarse en la cárcel, naturalmente que por las eternas cuestiones políticas que ensombrecen la vida intelectual de Latinoamérica. Por esa razón, sumada a su innegable talento, cosechó en nuestro medio afectos muy sólidos, que sumados a su personalidad fuerte, recia, segura, hacen de él el prototipo del escritor-luchador que fascina y arrastra legiones de admiradores. Lejos estamos nosotros de com-

partir las doctrinas a las que —con razón o sin ella— se lo suele adscribir; pero suscribimos la admiración literaria que despierta, y comprendemos por qué su premio Nóbel es, en cierta medida, una forma de redescubrir Latinoamérica en su trascendencia de niña rebelde, como lo expresara Rubén Darío. Ciertamente no hay en Asturias un ideólogo que pueda merecer nuestra aprobación esencial, pero la rebeldía de una raza sufrida y los seres que instala en sus novelas, no pueden menos que conmover el espíritu sensible del lector, y llevarlo a planos de agitada cosmovisión introspectiva, porque América Latina, en sus partes tórridas esencialmente, es así. Y así también la describe este novelista —el más importante entre los escritores guatemaltecos— en la mejor de sus novelas: **El señor presidente**. La idea de un señorío del mal, o de un arquetipo no siempre positivo, venía instalada en toda su obra, como una verdadera vertebración que explicase y justificase su hacer literario. Leamos estas palabras que escribió en **Viento Fuerte**, novela cuyo mundo gira en torno a un eje denominado el "Papa Verde" —ninguna irreverencia debemos encontrar en esta nominación— que es el símbolo de la dura dicotomía social de los ingenios centroamericanos: "**El Papa Verde, para que ustedes lo sepan, es un señor que está metido en una oficina y tiene a sus órdenes millones de dólares. Mueve un dedo y camina o se detiene un barco. Dice una palabra y se compra una república. Estornuda y se cae un presidente, general o licenciado... Frota el trasero en la silla y estalla una revolución. Contra este señor tenemos que luchar. Puede que nosotros no veamos el triunfo, ya que la vida tal vez no nos alcance para acabar con el Papa Verde, pero los que nos sigan en la trinchera sí, si es que se mueven como nosotros, como el viento fuerte que cuando pasa no deja nada en pie, y lo que deja lo deja seco**". Construya el lector la arquitectura de la novela, en su total entendimiento.

El señor presidente, que como dijimos es la obra capital de Asturias, apareció hace tan sólo veinte años. Poco tiempo para la enorme difusión mundial que tuvo en todos los idiomas, puesto que está traducida ya a cuanto lenguaje civilizado florece en nuestro tiempo. Sus otros libros: **Viento fuerte, Hombres de maíz, El Papa Verde, El ahijadito, Week-end en Guatemala**, cuentos, sin contar las colecciones de poemas con las que comenzó su carrera literaria, similar en esto a otros grandes novelistas de todos los tiempos, como Proust y como Balzac. Y haciendo memoria, asimismo, de sus **Leyendas de Guatemala**, en las que comienza el trabajo de recreación de su raza, en algunos de los mitos más impresionantes que la misma tiene, comenzando desde la misma leyenda del maíz, para proseguir con los pájaros florecidos e incandescentes que sazonan a medio continente americano. Asimismo, se sintió preocupado por fuertes vocaciones de redescubrimiento psicológico, y la presión espiritual que provocó en muchos seres la dictadura de Estrada Cabrera, se unió en sus páginas a las dramáticas alternativas de los obreros que trabajan en las plantaciones de bananos, o en la difundida empresa de literatura y economía, titulada en sus libros la **Tropical Platanera S. A.**, en la que revela los trágicos presagios que se ciernen sobre el nuevo mundo, tan nuevo como que es redescubierto en forma cruda, sintética y firme por este artífice de un ensueño que no llega nunca a adormecerse en sí mismo.

Nos interesa destacar, finalmente, una de las condiciones básicas de Asturias: su continuado trabajo en la renovación del idioma, en la obtención de dicciones que superen a la exigencia habitual y común. Si bien esa propia condición lo hace en ciertos momentos de lectura difícil, como, en el memorable comienzo de **El señor presidente** —ese "**alumbra, lumbré de alumbre, Luzbel de piedra-lumbre**"— que se reitera machaconamente en una sensación auditiva de candombe africano, lo

cierto es que a la vez renueva su sentido esencial. Palabras tales como "chumpipes", "toquidos", "audernos", y otras del mismo jaez, se mezclan con neologismos ideados sobre la marcha de las diversas tramas, como "rajasotanas", "fresco de súchiles" y, nuevamente, gran cantidad de imágenes en especial visuales y auditivas, que tienden a recrear eso que dijimos ya: la ambientación de medio continente en sus obras. Así es y así permanecerá este novelista americano, premio Nóbel que —justamente él, oh! ironía, que no tolera a las figuras absorbentes de la escala social— deberá descender las gradas del Gran Teatro de Estocolmo dentro de unas semanas, caminando hacia atrás, tal como lo manda el protocolo, evitando dar la espalda a la majestad del rey de los suecos, por si llega a tener razón la leyenda que dice que es un descendiente directo del sol.

ANDRES CHAZARRETA Y NUESTRO FOLCLOR

Recientemente, la prestigiosa y erudita Isabel Aretz descendió desde Venezuela hasta ésta, su patria, con un doble motivo: doctorarse en musicología —es la primera mujer que lo hace, conquistando además el máximo galardón que la universidad otorga a este tipo de graduados— y presentar, en un acto brillante, el nuevo libro de María Carmen Leonard de Amaya, titulado **Andrés Chazarreta y nuestro folclor**. Digamos, de paso, que la grafía de la palabra no responde a ninguna errata de imprenta, sino a una disposición expresa de la autora —**folclor**— que de esta forma viene a seguir la conocida tesis de Sarmiento acerca de la necesidad de escribir el idioma tal como se lo pronuncia, para mejor acomodarlo a la necesidad funcional de su estructura.

La primera circunstancia nos exime de determinar que el libro es importante. El respaldo de Isabel Aretz y el prólogo de Ismael Moya lo dicen bien a las claras. Pero es evidente que María Carmen Leonard de Amaya ha conseguido una obra distinta, tanto en la disposición de sus elementos esenciales como en el paciente hilado de formas y de estructuras intelectuales que la integran. La imagen rescatada de Andrés Chazarreta excede, en el texto, las condiciones de la biografía. Es, podría decirse, la integración biológica de un creador y su creación, con el medio que la justifica, la comprende, la reclama y en cierto modo la esperaba. Todo ello está junto en las páginas de la obra —erudita, prieta, densa de información— y tornó al acto de su presentación en una de los más destacados del mes literario que pasó.

Alberto Blasi Brambilla



ARTES PLASTICAS

PREMIO BIENAL DE ESCULTURA "ALBERTO LAGOS"

LOS PREMIOS DE LA BELLA DURMIENTE

Ya han pasado casi sesenta años desde que el rumano Constantin

Brancusi expusiera en París aquella famosa cabeza en óvalo y desde ese entonces, mucha agua ha corrido bajo el molino de la escultura argentina: Rogelio Yrurtia. Pablo Curatella Manes, Libero Badii... Sin embargo, cuando en este mes de noviembre de 1967, La Academia Nacional de Bellas Artes inauguró en el Museo Nacional el Premio Bienal de Escultura "Alberto Lagos" (m\$.n. 200.000.-), pareció que todo ha-

bía acontecido en vano. Un marcado sopor descendió sobre los desconcertados espectadores, desconcierto que no se agotó allí. La Academia inauguraba además, y al lado mismo de la sala de escultura, el Premio de Pintura Fundación "María Calderón de la Barca" (m\$.n. 100.000.-) y, si la escultura argentina merecía mejor presentación, no menos lo reclamaba el rico plantel pictórico de nuestro país.

Horacio Juan Safons